

Educación y arte

Paola Aimée

Uno de los grandes conflictos que se han suscitado a lo largo de la historia de la educación, es la discusión entre experiencia y teoría. Los “prácticos” y los “teóricos” se encuentran constantemente en la disputa por el “valor” que se le otorga al conocimiento, a través del reconocimiento del mismo. Esto permea a todas las disciplinas del conocimiento separadas y fragmentadas, incluyendo al arte.

Pero vayamos por partes, ¿qué es educación y qué es arte? Consultando la definición del Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española, podremos encontrar que por “educación” se entiende como *“Acción y efecto de educar. Instrucción por medio de la acción docente.”* Y por “arte” encontramos *“Virtud, disposición y habilidad para hacer algo. Manifestación de la actividad humana mediante la cual se expresa una visión personal y desinteresada que interpreta lo real o imaginado con recursos plásticos, lingüísticos o sonoros. Conjunto de preceptos y reglas para hacer algo bien”.*

Es evidente que a partir de estas definiciones, quedan aclaradas las posturas fuertemente influenciadas por el positivismo y el conductismo que definen el modelo de pensamiento moderno. Sin embargo el paradigma moderno abarca aproximadamente

desde el siglo XV a la primera mitad del siglo XX, y en términos de “educación” podemos situar las primeras academias y el surgimiento de la universidad hasta el siglo XVII con la llegada del renacimiento, qué decir del término “Bellas Artes” que aparece hasta el siglo XVIII con el romanticismo. Es decir, que la noción que tenemos de educación y arte hasta nuestros días, no es más que un conjunto de ideas formadas e “inventadas” para cumplir con un modelo de pensamiento acorde a una determinada época y conveniente para los sucesos políticos y económicos suscitados en ella.

Sin embargo desde los años 30`s con las vanguardias alemanas, surgieron ideas sobre un incipiente “constructivismo” que se vería interrumpido por las catástrofes de las guerras, pero que sería retomado y desarrollado años después. Ya en los años sesentas tanto en el arte como en la educación comienza a darse una “revolución paradigmática” es decir, empiezan a surgir cambios en los modelos de pensamiento y en las manifestaciones artísticas y culturales.

Ya pasó más de medio siglo y ¿qué pasa con la educación en el arte en estos momentos? ¿Podemos

seguir hablando en términos de “arte” y “educación”? O quizá tendríamos que reformularnos dichos conceptos que algunos maestros siguen afirmando como si fueran verdades dadas, inamovibles, incuestionables, sin darse cuenta que nuestro contexto actual difiere mucho del siglo XVIII.

De la era del absolutismo pasamos a la era de la relatividad, del modelo educativo (imposición de conocimientos) pasamos al modelo constructivista, es decir ya no es la figura del maestro la que va a “dar” un conocimiento, sino la de un “facilitador” con el “estudiante” quienes van a “construir” los conocimientos. Así como la figura del maestro queda sustituida por la de facilitador, la de alumno quedará sustituida por la de estudiante. Recordemos que no se trata de simples cambios de palabras, sino de conceptos. Ya no podemos referirnos en términos de “alumnado” porque quienes asisten a las escuelas no son seres pasivos que van a escuchar y a acatar todo lo que les digan sus maestros, sino son seres que tienen interés por aprender, estudiar y por lo tanto cuestionar y reformular todo lo escuchado y compartido en clases.

Si el estudiante dejó de ser alumno receptivo de las verdades que les quieran enseñar sus maestros, y si los maestros dejaron de dictar verdades dogmáticas para convertirse en facilitadores y orientadores en el conocimiento a construir, entonces ¿quién decide qué se va a estudiar? la respuesta es lógica: quienes estudian.

Esto podría sonar a una utopía, sin embargo basta con “viajar” a través de la Internet para constatar que en algunos países de Asia y Europa existen desde hace varios años, programas de estudios universitarios, donde el estudiante es quien arma su propio plan de estudios.

El problema que tenemos en México (entre muchos otros) es que adoptamos a manera de “moda” las palabras pero no estudiamos los conceptos. Teniendo como resultado escuelas que se dicen cons-

tructivistas, pero donde el plan de estudios es dictado por la institución. Salones de clase en donde pueden acomodar las sillas de diferente forma, con la intención de romper con la idea de que el maestro se pare frente a los alumnos para enseñarles y pretender que con el círculo se ponen al “estatus” de ellos, pero finalmente en ese espacio, el “maestro” sigue siendo quien califica, quien le otorga un “valor” al conocimiento del estudiante, que al ser calificado vuelve a ser alumno, receptor y pasivo. Estamos llenos de escuelas en donde se habla de comprensión y colaboración con los estudiantes, pero también se habla de “disciplina” teniendo ésta un origen militar, es decir ¿tenemos una educación militarizada? ¿estamos consientes de ello? ¿acaso la falta de consciencia se deberá a la educación que hemos recibido de manera pasiva los últimos tres siglos?

Querer justificar nuestra ignorancia con una economía desgastada, pretender decir que las “ideas avanzadas” pertenecen al “primer mundo” y que nosotros somos “tercermundistas”, decir que “aquí las cosas son diferentes” y por lo tanto son “difíciles de cambiar” no nos llevan a nada más que a un modelo educativo demagógico.

Lo que es cierto, es que no podemos hacer ningún cambio mientras nos resistamos a admitir nuestros errores, nuestras ignorancias y nuestras arrogancias, porque no es tarea fácil para el ego bajarse del pedestal de maestro que lo sabe todo y por lo tanto tiene derecho a calificar y descalificar, y cambiarlo por un ejercicio de reconocimiento y humildad ante los demás. Para dejar el ego a un lado, no es necesario pertenecer al “primer mundo”. En el momento en el que admitamos nuestras carencias, podremos superarlas.

Y a todo esto ¿qué tiene que ver la práctica y la teoría con la educación y el arte?-mucho-. El facilitador que tenga a su cargo un grupo de estudiantes, precisa tener estudios teóricos sobre los conceptos que pretenda poner en la práctica de la transmisión

de conocimientos para no caer en “modas”, y a su vez sobre los conceptos que pretenda abordar en clases. Por otra parte, necesariamente tendría que tratarse de una persona “activa” en su rama del conocimiento, de otra manera ¿cómo podría enseñar una actividad que no practica?

En cuanto al estudiante, siendo coherentes con el modelo constructivista, lo más pertinente sería fomentarle la reflexión y la práctica del conocimiento que el mismo estudiante decida construirse. Solo a través de la práctica, el estudiante podrá saber si los conocimientos teóricos le son funcionales y útiles para lo que desea desarrollar. Es por ello, que pierde sentido que el maestro diga a través de la “calificación” si el estudiante sabe o no, es el propio estudiante quien asume la responsabilidad de construirse sus conocimientos para lograr sus objetivos, no los de la institución.

Si bien, con todo lo que he expuesto anteriormente, no pretendo incitar a los estudiantes a una revuelta contra sus maestros, ni tengo la intención de “descubrir el hilo negro”, porque las ideas expuestas las han desarrollado varios autores años atrás, si ubico una postura personal en la pertinencia de una revolución o cambio paradigmático más constructivo y menos impuesto con la justificación de la disciplina.

Para ello creo necesarias tres condiciones por parte de estudiantes y facilitadores del conocimiento: responsabilidad en la toma de decisiones, humildad para reconocer discapacidades e ignorancias, y disposición para el intercambio y la construcción de nuevos conocimientos.

Disciplina e Interdisciplina: problemas matemáticos

Muchos de los problemas que aparentemente son de diferente índole, pero que están estrechamente relacionados como son la educación, la religión, la

política, la economía, etcétera, devienen de un problema matemático que es impuesto a través de la educación: se nos enseña a dividir y a restar, pero no a sumar y a multiplicar.

Para explicar lo anterior en relación al arte y la educación, hagamos un breve recorrido por el tiempo. Paulatinamente, en los siglos XVII y XVIII en lo que es conocido como el período de la “Ilustración”, se da una división entre “el animal” y “el hombre”, es decir, entre la emoción y la razón. Un ejemplo de ello es la idea del “animal máquina” de René Descartes, en donde desarrolla la idea de que el animal está desprovisto de alma, es decir, de pensamiento y no puede razonar, así según Descartes, el animal es reducido a puro cuerpo y por lo tanto a máquina.

Este pensamiento influye en la manera en la que se van a organizar o mejor dicho “dividir” y fragmentar los conocimientos, reduciendo la idea de cuerpo a máquina, es por ello que los conocimientos que tengan que ver con las “expresiones” como va a ser el caso de las “bellas artes” van a ser demeritadas a la enseñanza de técnicas y no de “razonamientos”, porque las máquinas necesitan aprender a “moverse” y “reproducirse” con técnicas.

De esta manera se comenzaron a dividir los conocimientos en tres grandes facultades: la memoria que le va a corresponder a la historia, la razón que va a desarrollarse con la filosofía y que a su vez va a dar paso a las ciencias, y la imaginación a la que le corresponde la poesía y que va a devenir en las bellas artes.

Lo que sigue a partir de esto lo conocemos muy bien, la historia se dividirá en múltiples ramas como le sea posible, las ciencias son cada vez más vastas, y las artes por su parte quedarán tan separadas unas de otras que de pronto parecieran imposibles de congeñar. Una fragmentación cada vez mayor de las ideas y una separación entre un saber y otro, dan como resultado una “resta” de conocimientos.

Y así en nuestros días nos topamos con este problema educativo, en donde las escuelas a través

de sus programas separan las materias y no existe alguna dedicada a la reflexión y al intercambio de conocimientos. La enseñanza de las matemáticas se reduce a meros números y no se enseña la “lógica” del pensamiento matemático, los números a su vez se separan de la historia, la historia se enseña separada de la biología y qué decir de la “educación artística” que se asume como un “entretenimiento” y no como fuente de conocimiento.

Si durante toda nuestra educación desde el preescolar hasta la preparatoria nos enseñan a dividir el conocimiento, ¿qué podemos esperar de la educación profesional? El resultado deviene en “especialistas” en una sola materia, es decir seres aislados de otros conocimientos, reducidos en saberes, fragmentados en experiencias, en pocas palabras, inadaptables a un medio ambiente como el que actualmente vivimos, en donde las ramas del conocimiento son múltiples y en donde cada vez es más la exigencia a tener más fuentes de conocimiento, que resulten en mayores experiencias y por lo tanto en mayores posibilidades de desempeño laboral, profesional y personal.

Si por el contrario, retomamos la idea antes expuesta de un necesario cambio paradigmático, tendríamos que reformularnos el modelo educativo que todavía permea en el país. Siendo más pertinente cambiar la disciplina por la interdisciplina.

La interdisciplina como lo desarrolla Edgar Morin, implica un “intercambio” de conocimientos entre las diferentes disciplinas. Así, mientras la disciplina aísla, la interdisciplina comunica.

De esta manera la “lógica matemática” recobra un lugar importante. Estaríamos hablando de cambiar la lógica de la división y la resta, por la lógica de la multiplicación y la suma de saberes para crear nuevos.

En el caso de la construcción del conocimiento en las manifestaciones artísticas y culturales, no solo tendrían que relacionarse las diferentes disciplinas artísti-

cas, sino que éstas a su vez tendrían que relacionarse con la filosofía, la historia, las matemáticas, etcétera.

Obviamente, lo anterior amerita mayor exigencia por parte de los facilitadores de conocimientos porque no bastaría con que sean “peritos” en su materia, sino tendrían que “contextualizar” los conocimientos para propiciar la reflexión y el intercambio entre los estudiantes.

Examen y Tareas, Prácticas Obsoletas

En la época actual, estamos viviendo la era de la relatividad, en donde la propia ciencia ha dejado de ser tan dogmática y comienza a decir que “no hay nada comprobable”, se empieza a hablar de materia y “antimateria”, se mencionan “dimensiones paralelas” y comienzan a decir desde el constructivismo radical, que la objetividad no existe, que todo es subjetivo.

Entonces si todo es subjetivo ¿por qué examinar? ¿qué se examina? ¿para qué se examina? ¿quién examina? En este sentido Michel Foucault en su libro “Vigilar y Castigar”, hace un estudio reflexivo y comparativo sobre los métodos disciplinarios y castigos empleados en las cárceles, en los hospitales, en el ejército y en las escuelas. Al respecto del examen, él nos dice:

El examen combina las técnicas de la jerarquía que vigila y las de la sanción que normaliza. Es una mirada normalizadora, una vigilancia que permite calificar, clasificar y castigar. Establece sobre los individuos una visibilidad a través de la cual se los diferencia y se los sanciona. A esto se debe que, en todos los dispositivos disciplinarios, el examen se halle altamente ritualizado. En él vienen a unirse la ceremonia del poder y la forma de la experiencia, el despliegue de la fuerza y el establecimiento de la verdad. En el corazón de los procedimientos de disciplina, manifiesta

el sometimiento de aquellos que son perseguidos como objetos y la objetivación de aquellos que están sometidos... (Foucault, 2009: 215).

Si somos “sujetos” y por lo tanto “subjetivamos” y las actuales corrientes de pensamiento manifiestas en la ciencia y la educación apuntan a la ruptura de la objetividad ¿qué caso tendría aplicar el examen como medida objetiva de calificación y descalificación? La palabra examen podría ser sustituida por la de “evaluación”, sin embargo recordemos que para no caer en modas, es necesario revisar el concepto. Examen amerita calificación-descalificación, mientras que evaluar se define como “*Señalar el valor de algo. Estimar, apreciar, calcular el valor de algo*”.

Por lo tanto ¿quién va a señalar, estimar, apreciar y calcular el valor del conocimiento? ¿los facilitadores? ¿los estudiantes? ¿ambos?

En esta ruptura de paradigma por la que han apostado universidades de otros países, existen acuerdos entre facilitadores y estudiantes para tomar conjuntamente la decisión del valor (antes calificación) del conocimiento construido.

Ya no es la figura del maestro la que tiene el poder absoluto de calificar-descalificar con un “número” al alumno. Desde el constructivismo, facilitador y estudiante construyen conjuntamente los conocimientos, por lo tanto, conjuntamente le adjudican un valor al mismo.

Lo mismo sucede con el término “tarea” que en definición quiere decir “*Trabajo que debe hacerse en tiempo limitado*”. Si empezamos a usar el término “facilitador” en vez de maestro, es precisamente porque se trata de una persona que haga accesible y “facilite” el conocimiento no que lo haga trabajoso, y si hablamos en términos de “construcción” del conocimiento, éste no puede tener límite de tiempo.

Por ello en vez de tareas y trabajos, sería más pertinente provocar e incitar a la experiencia prác-

tica, para entonces crear entre facilitadores y estudiantes, espacios de construcción de conocimientos a través de la teoría y la experiencia práctica.

En resumen, lejos del siglo XVIII donde se originan las ideas de educación y arte como dogmas de disciplina y examen como métodos de control, y de maestro y alumno como jerarquías de poder, nos enfrentamos a un siglo XXI donde las necesidades de construir conocimientos nos invitan a dejar nuestros egos de lado para poder cambiar nuestro modelo de pensamiento anquilosado. Las justificaciones económicas y los reglamentos institucionales salen sobrando cuando tenemos un grupo de estudiantes a nuestro cargo, porque podemos crear con ellos otro tipo de relación que apartados de las lógicas violentas de la división, nos lleven a las lógicas constructivas de la suma y la multiplicación del conocimiento.

Referencias bibliográficas

Morin, Edgar. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona: Paidós Studio.

Foucault, Michel. (2009). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión* (2ª edición). México: Siglo XXI.

Shiner, Larry. (2004). *La invención del arte*. Paidós Ibérica Estética 36.

Porlán, Rafael. (1993). *Constructivismo y Escuela. Hacia un modelo de aprendizaje basado en la investigación*. Sevilla: Díada Editora.

Referencias electrónicas

Morin, Edgar. (2005). Sobre la interdisciplinariedad. *Comunidad de pensamiento complejo*. 1-9. <http://www.pensamientocomplejo.com.ar/documento.asp?Estado=VerFicha&IdDocumento=14>

Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española. Vigésima segunda edición. <http://buscon.rae.es/draeI/>